

MIÉRCOLES DE CENIZA

Compunción: la pena que nos acerca a Dios

ECCLESIA

14_02_2024



El autor es un monje del monasterio de San Benedetto in Monte de Norcia, que permanece en el anonimato por deferencia a una antigua costumbre benedictina.

“Al igual que existe un cielo malo, lleno de amargura, que se aparta de Dios y conduce al

infierno, también hay uno bueno, que se aparta del pecado y conduce a Dios y a la vida eterna" (*Regla de san Benito*, 72). Con estas palabras san Benito introduce el penúltimo capítulo de la *Regla*. En nuestro esfuerzo por comprender qué es la compunción, podríamos simplemente sustituir la palabra "celo" por "tristeza": así como hay una tristeza mala y llena de amargura que se aparta de Dios y conduce al infierno -y la llamamos melancolía-, también hay una tristeza buena que se aparta de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna: la compunción. [...]

San Gregorio distingue dos tipos básicos de compunción: una por temor y otra por amor. La primera es una purificación del pecado y una protección contra él; la otra es una fuerza de deseo espiritual que nos atrae hacia el Cielo. Dos tipos y cuatro motivos: "Cuando recuerda sus propias faltas, considera dónde estaba (*ubi fuit*); cuando teme la sentencia del juicio de Dios y se interroga, piensa dónde estará (*ubi erit*); cuando examina seriamente los males de la vida presente, con tristeza considera dónde está (*ubi est*); cuando contempla los bienes de la patria eterna que aún no ha alcanzado, llorando se da cuenta de dónde no está (*ubi non est*)" (*Moralia*, XXIII, 41).

Las dos primeras surgen del temor de Dios, que es el don primero y fundamental del Espíritu Santo. Pero la compunción por temor madura y crece en nosotros sobre todo a través del don del conocimiento, porque nos permite vernos tal como somos, con los pecados que nos alejan de Dios, pero también creados a su imagen y semejanza, redimidos por la sangre de su Hijo y llamados en el amor a ser santos como Él. Viendo nuestra pecaminosidad e ingratitud hacia Dios, nos llenamos de odio hacia nosotros mismos y llegamos a odiar nuestros pecados; pero viendo el precio que el Hijo de Dios ha pagado por nuestra salvación, se nos da la esperanza de cambiar nuestras vidas y llegar a ser santos como Él es santo.

Así, el don del temor del Señor nos inspira a "tener siempre presente todo lo que Dios ha mandado" y lleva a nuestros pensamientos a "meditar constantemente sobre el fuego del infierno donde arderán por sus pecados todos aquellos que desprecian a Dios"; y así nos protege en todo momento "de los pecados y de los vicios". Este santo temor nos da la certeza de que "Dios nos vigila siempre desde el Cielo y que nuestras acciones son visibles en todas partes a los ojos divinos y son constantemente señaladas a Dios por los ángeles"; nos hace sentir "en todo momento la culpa de nuestros pecados de tal manera que nos consideramos ya ante el terrible Juicio y decimos constantemente en nuestro corazón lo que decía el publicano del Evangelio con los ojos fijos en la tierra: Señor, soy un pecador y no soy digno de levantar los ojos al cielo" (*Regla de San Benito*

, 7).

Las almas invadidas por esta doble compunción por temor sienten una profunda contrición por sus pecados y temen acabar con los condenados a la izquierda de Cristo. Hacen suyas las peticiones del *Miserere*, la insuperable oración de arrepentimiento y contrición; y piden misericordia como si estuvieran ya ante el Juicio Final, en sentimientos que se expresan perfectamente en el *Dies Irae*, esa poética obra maestra de la Misa de *Réquiem*. En estas oraciones, vemos por una parte un temor servil al castigo, y por otra un temor filial que se estremece ante la idea de ofender a Dios. El primero disminuye a medida que aumenta el segundo, ya que el temor filial es expresión de la caridad, de “ese perfecto amor de Dios que expulsa el temor servil” (RB 7; 1 Jn 4,18).

A medida que crece el temor filial, entramos en la tercera compunción: nuestro amor a Dios y nuestro deseo de estar con Él dan lugar a una disposición a sufrir en esta vida para merecer la bienaventuranza eterna en la otra. Una gran fuente de consuelo para quienes se encuentran en este estado es la hermosa oración de la *Salve Regina*, en la que nos dirigimos a la Virgen para que nos consuele en medio de las inevitables aflicciones de esta vida. Nuestros ojos vuelven de nuevo a este mundo desde su rostro materno. Y lo ven como lo que es: un lugar de exilio y tentación, de trabajo y sufrimiento, justa penitencia por el pecado original y por nuestros muchos pecados personales. Pero Dios, en su misericordia, nos permite ver estos sufrimientos como bienaventurados, porque con ellos “participamos de los sufrimientos de Cristo y merecemos tener también parte en su reino” (RB, Prólogo). Y así comprendemos la “ley” de los santos: “Cuanto más se siente afligida por la adversidad el alma del justo en este mundo, tanto más aguda se hace su sed de contemplar el rostro de su Creador” (*Moralia*, XVI, 32).

Habiendo llegado a ser tan queridos por Dios a través de nuestros trabajos, podemos instalarnos en la cuarta compunción, en la que ya no hay dolor sino sólo una alegría penetrante, porque sentimos a Dios cercano y disponible cada vez que rezamos. San Benito nos dice que esto también nos puede suceder a nosotros, porque “cuando hayáis hecho estas cosas, los ojos de nuestro Padre celestial estarán sobre vosotros y sus oídos estarán abiertos a vuestras oraciones; y antes de que le invoquéis, os dirá: aquí estoy” (RB, Prólogo).